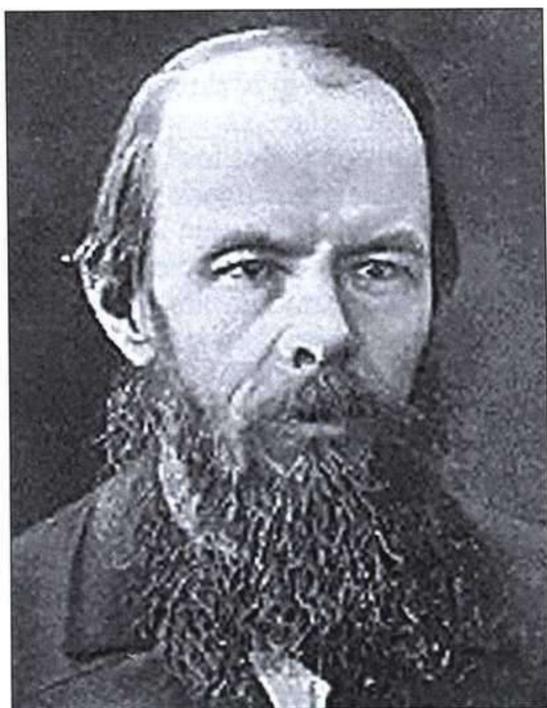


La biblioteca de Kolia Krasotkin

Emilio Pascual*

LOS HERMANOS KARAMAZOV

PRIMERA EDICIÓN: 1879



FIODOR M. DOSTOIEVSKI
(1821-1881)

A dos semanas de cumplir catorce años, Nikolái Ivánov Krasotkin no recordaba a su padre. Había quedado huérfano cuando contaba apenas dos, y su madre, viuda ya a los dieciocho, se dedicó en cuerpo y alma a la educación del pequeño Kolia. Se dice que estudiaba las mismas asignaturas que su hijo para poder ayudarle en sus deberes. Se dice, en fin, que a los catorce años el huérfano Kolia Krasotkin podía batir a su propio maestro en aritmética e historia universal.¹

La herencia paterna

La biblioteca de Kolia Krasotkin la había heredado de su padre. Se hallaba en un armario de dimensiones no extraordinarias, y es de suponer que el número de libros que contenía tampoco sería excesivo. A veces Kolia, que era aficionado a la lectura, «en vez de ir a jugar se pasaba horas enteras junto al armario, leyendo», como una premonición de lo que haría Bastian Baltasar Bux. «De este modo —concluye el historiador—, Kolia leyó algunas cosas que no debía haber leído aún a su edad».²

Habla Fernando Savater de «esos implacables y dulces adolescentes-demonios de Stevenson, como Jim Hawkins, David Balfour o el joven héroe de *La flecha negra*». Kolia era un «implacable y dulce adolescente-demonio» intelectual. No consta que hubiera leído el *est modus in rebus* horaciano, pero en los momen-

tos necesarios sabía tener el «sentido de la medida». Era más bien bajo para su edad —de hecho, un compañero más joven le sacaba media cabeza— y se creía poco agraciado, aunque el defecto de estatura lo suplía el exceso de inteligencia. Con un sentido de la autocrítica rayano en la crueldad, se decía: «Ya sé que no soy guapo, que tengo un rostro abominable, pero la expresión es inteligente». Y, sin embargo, su biógrafo asegura que su cara «no era de ningún modo abominable»: por el contrario, resultaba bastante agraciada, un poco pálida, con pecas. «Sus ojos grises, pequeños pero vivos, miraban con audacia y a veces fulguraban encendidos por la emoción. Tenía los pómulos algo anchos, los labios pequeños, no muy gruesos, pero muy rojos; la nariz, pequeña y decididamente respingona». Pero, cuando se miraba al espejo, se veía «¡completamente chato, completamente chato!».

Un adolescente atormentado

Renegaba de la medicina, que juzgaba una infamia, «una granujada» y «una institución inútil». Despreciaba la historia, que consideraba «una sarta de estupideces humanas», y solo sentía respeto por las matemáticas y las ciencias naturales. Era el primero en latín, pero aseguraba que las lenguas clásicas constituían «una medida policiaca» destinada a embotar las facultades del alma.³ En fin, se proclamaba socialista: entendía el

FIODOR M. DOSTOIEVSKI

Los hermanos Karamázov

Edición de Natalia Ujánova



CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

socialismo como igualdad para todos, comunidad de opiniones, supresión del matrimonio, libertad de observar la religión y las leyes a conveniencia...

Una mañana de noviembre de finales de la década de 1860, con una temperatura de doce grados bajo cero, tuvo una conversación con Aliosha Karamázov en

la que dejó traslucir el grueso de sus lecturas. Con tono resuelto afirmó que para amar a la humanidad no era necesario creer en Dios. «Voltaire, por ejemplo —añadió—, no creía en Dios, pero amaba a la humanidad, ¿no?» A la pregunta de Aliosha: «¿Pero ha leído usted a Voltaire?», Kolia Krasotkin respondió un tanto evasivamente: «No, no es que lo haya leído... Bueno, he leído *Cándido*, en una traducción rusa... en una vieja y abominable traducción, grotesca...⁴». Pero hay una parte de este diálogo que no es posible resistir la tentación de transcribirlo:

«—¿Y lo ha entendido?

—¡Pues claro que lo he entendido...! ¿Y por qué cree que no iba a entenderlo?... Yo, desde luego, estoy en condiciones de entender que se trata de una novela filosófica escrita para exponer una idea... Yo soy socialista, Karamázov, soy un socialista incorregible —soltó de pronto sin que viniera a cuento.

—¿Socialista? —Aliosha se sonrió—. ¿Cuándo ha tenido tiempo para ello? Según me ha dicho, sólo tiene usted trece años, ¿no?...

—En primer lugar, no son trece, sino catorce; dentro de dos semanas cumpliré los catorce —repuso encendido—. Además, no comprendo en absoluto qué tiene que ver mi edad con la cuestión. Se trata de *cuáles* son mis convicciones y no de *cuántos* años tengo, ¿no es cierto?

—Cuando tenga más años, verá por sí mismo cómo influye la edad en las convicciones. También he tenido la impresión de que no habla usted empleando palabras propias —respondió Aliosha modesta y tranquilamente.

—¡Por favor! —le interrumpió Kolia con vehemencia—. Lo que pasa es que usted quiere obediencia y misticismo. Pero no me negará que la religión cristiana, por ejemplo, ha servido solo a los ricos y a los poderosos para mantener en la esclavitud a las clases inferiores.

—¡Ah, ya sé dónde ha leído eso, ya sé quién ha debido necesariamente aleccionarle! —exclamó Aliosha.

—¿Y por qué he tenido que leerlo necesariamente? Nadie me ha aleccionado, absolutamente nadie...»

Al hilo de la conversación, entre efugios y afirmaciones rotundas, deducimos que había leído un estudio de Belinski sobre el *Eugenio Oneguín* de Pushkin, y muy probablemente al propio Pushkin, aunque declarase solo su voluntad de leerlo en aras de su falta de prejuicios; una sátira del poeta contemporáneo Mináiev, de la que citó un par de versos. A Voltaire, por más que vacilara en afirmarlo... Por otra parte, creía

BIBLIOTECAS IMAGINARIAS

ser a veces un «niño terrible», y ante Aliosha confesó sentirse dominado «por un amor egoísta y por ese vil despotismo de que no puedo librarme en toda la vida, aunque toda la vida me esfuerce por lograrlo. ¡Ahora lo veo! ¡En muchas cosas soy un canalla, Karamázov», concluyó.

Kolia Krasotkin, o el adolescente atormentado. Aliosha Karamázov le vaticinó que sería «un hombre desgraciado en la vida», aunque en conjunto la bendeciría. Ante el ataúd de un compañero, y con un crimen y un castigo injusto al fondo, un Kolia arrebatado deseaba «sacrificarse por la verdad» y llegó a decir que «quisiera morir por toda la humanidad». Aliosha Karamázov supo así que era inteligente, audaz y generoso, y que de mayor lo sería más aún.

Frases como «Si Dios no existiera habría que inventarlo», o «La historia es, en realidad, poco más que el registro de los crímenes, estupideces y desventuras de la humanidad», han venido siendo atribuidas sistemáticamente a Voltaire. Pero si hoy las recordamos aquí es porque, una mañana de noviembre a doce grados bajo cero, procedentes de insólitas lecturas, las pronunció Nikolái Ivánov Krasotkin, un adolescente de catorce años más conocido como Kolia. ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor.

Notas

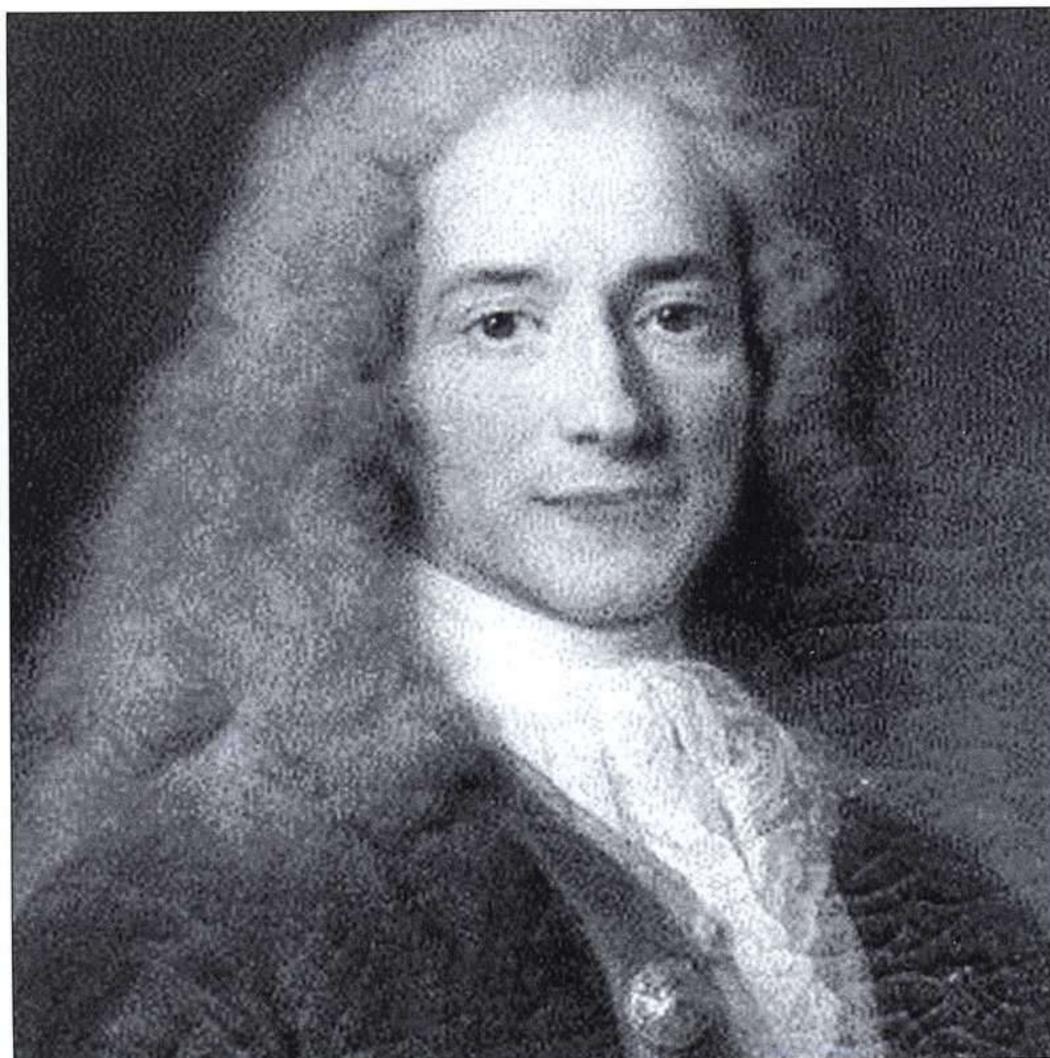
1. De hecho sabemos que puso en aprietos al profesor Dardaniélov con la pregunta. El profesor dio una respuesta vaga. Habló de generalidades, «de los pueblos, de sus desplazamientos y migraciones, de la profundidad de los tiempos, de lo mitológico, mas no pudo responder a la pregunta concreta de quién había fundado Troya... En cambio Kolia había leído lo que dice acerca de los

fundadores de Troya el historiador Smarágdov en un libro que se conservaba en el armario de su padre». En el mismo armario había un número de la revista *Kólokol*, que Kolia prefirió ocultar a Aliosha Karamázov. La revista, publicada en Londres y en Ginebra por los revolucionarios rusos A. I. Herzen (1812-1870) y N. P. Ogariov (1813-1877), entraba clandestinamente en Rusia. 2. Acaso se refiera a libros como *El pariente de Mahoma* o *La tontería salutífera*. La edición tenía ya un siglo, pero Kolia la sacó del armario de su padre y se la cambió por un cañoncito de co-

bre al funcionario Morózov, que era «muy aficionado a esas cositas»...

3. Tal vez recordaba aquel verso del *Eugenio Oneguín* que dice: «Hoy el latín pasó de moda», a raíz del cierre de los colegios jesuitas en 1815. Medio siglo después, en la época de Kolia Krasotkin, volvió a reivindicarse la enseñanza del latín y el griego: ciertos grupos revolucionarios interpretaron la medida como reaccionaria.

4. Sólo por eso no habría resultado vano que fuera incluida en la colección Tus Libros, con traducción de Santiago R. Santerbás.



Voltaire.

VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

Dirección

Favoritos Historial Buscar



www.revistacliij.com

- Consulte los sumarios de cada mes.
- Las ofertas de monográficos, números atrasados y tapas para encuadernar.
- El Índice 15 años de **CLIJ** en CD (con una *demo* de prueba).
- Las tarifas de publicidad.
- Las condiciones de suscripción.